

Numerosos párrafos de periódicos europeos, reproducidos en casi todos los de la Capital, habían hecho saber los triunfos de la artista en varios teatros y salones, y tenía gran curiosidad de saber si esos elogios eran justos, y positivo deseo de verlos confirmados. Con mucha anticipación, cuantas localidades dejaba libre el muy buen abono, fueron tomadas, sin quedar ni una sola, y varias de ellas se revendieron á elevados precios, y como la demanda de billetes continuase, la Empresa puso á disposición de los solicitantes y al precio de las lunetas, multitud de entradas sin asiento. Interior y exteriormente, el Gran Teatro estuvo muy bien adornado é iluminado, y la escogida y numerosa concurrencia se mostraba, desde antes de dar principio á la función, entusiasta y bien dispuesta para la novel artista. Rosa Palacios, imitando en ello á la insigne Angela Peralta, se presentó en las tablas, vistiendo en su traje de aldeana los colores nacionales mexicanos, viéndose muy simpática y graciosa: la música de *Sonámbula* se acomodaba muy bien á sus notas dulces y argentinas, y como desde el primer instante reveló su buena escuela y perfecto método, el público la acogió y aplaudió con calor, dispensándole una ovación de esas que duran permanentes en la memoria de un artista. Rosa Palacios tuvo momentos felicísimos, y los aplausos, las dianas y las lluvias de flores, premiaron con justicia su talento. Después vino la discusión entre los críticos, ensalzándola los unos hasta la ponderación, deprimiéndola otros hasta reducirla á una mediana cantante. Para contrariedad suya y de sus partidarios, á *Sonámbula* siguió inmediatamente *Traviata*, en que la artista mexicana no pudo lucir, malamente secundada por un tenor débil, un barítono enfermo, y un bajo inseguro en su parte: sobre todo, el tenor comprometió con sus torpezas y carencia de facultades la representación, y seguramente habría sido silbado, á no ser porque el galante público no quiso mortificar á Rosa Palacios: la Empresa tuvo el buen juicio de rescindir su contrato con el susodicho tenor que lo fué Enrique Grifoni, que á este apellido unía el de Giannini, sin tener ni leve sombra de los méritos del primer tenor.

Esto hizo que desde entonces el público los distinguiese, llamando á Francisco, Giannini *el bueno*, y á Enrico, Giannini *el malo*. También anunció la empresa, que para reemplazar á éste, hacía venir de la Habana al tenor Giordano, que se encontraba en la Isla, y esperaba fuese del agrado de los concurrentes al Nacional.

En el resto del primer abono cantáronse, más ó menos repetidas, *Hernani*, *Un Ballo in Máscera*, *Lucia* y *Ruy Blas*. En *Hernani* volvió á presentarse el barítono Astori, aquí dado á conocer por la Peralta, encontrándose que aun no pasaba, como en aquel entonces, de simplemente regular; la Peri y Giannini *el bueno*, fueron muy aplaudidos, especialmente el último, cada noche más grato al públi-

co. En *Un Ballo in Máscera*, Rosa Palacios cantó el *Oscar* con arte y gracia, y se vió muy guapa en los diferentes trajes que viste el simpático pajecillo. La Damerini brilló á grande altura en la *Amelia*; como mujer, pareció mucho más hermosa que en *Norma*, y como cantante lució en la obra de Verdi en todo su esplendor su magnífica y extensa voz, y estuvo notabilísima como actriz. Francisco Giannini arrebató en la peligrosa barcarola y en todo el segundo acto, y en sus dúos con la Damerini provocó frenéticos aplausos. En *Lucia*, Rosa Palacios, aun luchando con el recuerdo de la inimitable Peralta, salió triunfante, más, si cabe, que en *Sonámbula*; en la famosa escena del delirio, demostró su agilidad de garganta y su facilidad extrema para derramar cascadas de sonoras y argentinas notas.

En la octava función de abono, la noche del 8 de Diciembre, hizo su primera presentación el tenor Enrique Giordano, contratado, como dije, para reemplazar á Giannini *el malo*; esa presentación la verificó en la ópera *Traviata*, la misma con que aquél había hecho fiasco. Bien necesario era ya aquel refuerzo, que desgraciadamente para la empresa y para Giannini *el bueno*, no pasó de muy mediano. El primer tenor había estado sosteniendo él solo todo el trabajo, y nuestro clima y la fatiga hicieron que se resintiese de ello, al grado de que su privilegiada voz se negase en cierta noche á producir las magníficas notas con que electrizaba al público, y llegase á flaquear al extremo de desafinarse; los espectadores comprendieron la causa del accidente, y con nutridos aplausos indicaron al artista que no por ello había bajado en su aprecio.

El buen éxito, en lo general, de aquella Compañía de Opera italiana, perjudicó á las demás diversiones. Para las fiestas de Todos Santos, se levantó, según la inveterada costumbre, en el Zócalo ó centro del jardín de la Plaza de Armas, un salón no menós improvisado y poco artístico que los de los años precedentes, y en él se dieron poco memorables conciertos, que apenas en las tres primeras noches se encontraron regularmente concurridos por las señoras y jóvenes, ganosas de lucir los ricos ó bellos trajes estrenados el día 1.º de Noviembre. La zarzuela Moreno en el Principal, vió disminuir su público tan pronto como se supo que la Compañía de Opera valía la pena de ser oída. La deserción fué tanto más fácil, cuanto que los concurrentes á ese espectáculo extrañaban á la Moriones, convertida en la señora de Moreno. Josefina Lluch, muy simpática, muy graciosa, no alcanzaba á llenar el vacío dejado por la ausencia de la hermosa y elegante Romualda, la chispeante *Betina*, el varonil *Bocaccio*, la vivaracha *Seguidilla*. El chiste de Sofía Romero, el arte y la buena voz de Palou, los aún apreciables restos del tenor Prats, las oportunas ocurrencias de Alpuente, no bastaban á entusiasmar al público, y la contaduría y los despachos no mirábanse de lo más favo-

recidos. Moreno había perdido su *Mascota*. "El teatro de la zarzuela, decía un cronista, está ahora triste, solitario, y algunas noches tan desierto se ve aquello, que los espectadores asustadizos amartillan sus pitolas por temor á la *mano negra*." Ni la Lepri con su arte en su género, ni Paca Martínez con sus poderosas seducciones, lograban aumentar las entradas, por más que se las aplaudiese, y mucho, en sus vistosos pasos de baile.

En la semana anterior al 2 de Diciembre, Moreno volvió á poner en escena *Carmen*, desempeñando la Llucho, por primera vez en nuestros teatros, la parte de la protagonista. Estuvo en ella bastante bien, y sin embargo se sobrepuso el recuerdo de la Moriones en el sentir de cuantos habían conocido á *Carmen* en su arreglo al teatro castellano. A pesar de todo, la obra de Bizet animó bastante las funciones del Principal, máxime con el aumento de los lances de una corrida de toros que el público aplaudía á rabiar, sin fijarse en el desacato que se comía interrumpiendo y echando á perder las mejores escenas de ese último acto. También estaban bastante animadas las funciones de beneficio de artistas de la Compañía. El actor cómico López eligió para la suya *El Barberillo del Avapiés*, *La Voz Pública* y *El Lucero del Alba*; en ésta, el beneficiado y la simpática Julia Aced *procuraron cantar*, con acompañamiento de guitarra, unas coplas críticas que fueron muy celebradas por su chiste y su oportunidad.

En ellas salió, por de contado, á danzar la famosa moneda de níquel, cuya abundancia se había hecho ya inaguantable y venía produciendo conflictos y disgustos que se temía que de un momento á otro provocasen un pronunciamiento. Los pobres sufrían con ella lo que no es decible, pues los precios de los efectos de primera necesidad habían continuado subiendo, y quedándose altos aun cuando se pagasen en plata, determinación tomada por los vendedores á consecuencia de los malos ratos que dábanles los gendarmes y otras autoridades de policía, cada vez que algún comprador se quejaba de depreciación del malhadado níquel: la miseria empezaba á marcarse, y viejo es ya aquello de que la miseria aconseja mal.

Para remediar en lo posible estos males, uno de los Diputados al Congreso más populares y simpáticos á las multitudes, el Sr. Carbajal, inició en la Cámara una discusión en que se ventilaba un proyecto para poner coto á la excesiva circulación de aquella malhadada moneda fraccionaria. El incidente parlamentario se inició reposado y tranquilo, pero no tardó mucho en tomar un carácter acre y peligroso, máxime cuando las multitudes invadieron las galerías del *augusto recinto* de la representación popular, y se dieron á sí mismas participio en la lucha. De una crónica de esas sesiones tomo lo que sigue: "En la sesión de ayer, primero de Diciembre, continuó la discusión sobre el dictamen sobre la circulación del níquel, é hicieron

uso de la palabra el C. Carbajal, en *contra*, que fué muy aplaudido, así como fué demasiado silbado el C. Sánchez Facio, que combatió el proyecto indicado por el Sr. Carbajal, en el que propone la amortización de los quintos de níquel, aumentando los derechos de importación del arancel sobre las bebidas embriagantes, aumento que deberá dedicarse á los gastos de amortización." Otro periódico decía sobre el mismo asunto: "La sesión de la Cámara de Diputados ha estado ayer borrascosa; las galerías estaban henchidas de gente que aplaudía ó silbaba á los oradores, según los conceptos que emitían: la discusión ha entrado en el terreno de las personalidades, y el público rechazó con demostraciones de desagrado ese giro del debate. Para mañana ha quedado con la palabra el Sr. Riva Palacio, que hablará en *contra* del níquel."

En efecto, en la borrascosa sesión del día 3, el Gral. D. Vicente Riva Palacio se produjo con indecible vigor *contra* la malhadada moneda de níquel, llegando á pedir entre las delirantes aclamaciones del público que le hizo una entusiasta ovación, que se mandaran quemar en medio de la Plaza de Armas las máquinas que habían servido para acuñar esa moneda fraccionaria.

No es mi ánimo entrar en muchos detalles de esa discusión que dió por resultado el decreto de 12 de Diciembre, reglamentando el curso forzoso del níquel, que entre los particulares sería de veinte centavos en cualquier pago: el Gobierno la recibiría en sus oficinas sin limitación hasta el fin de ese mes, y con el cincuenta, el treinta, el veinte y el diez por ciento en determinados plazos, de los cuales el último quedó marcado para el primero de Julio; los quintos de níquel irían siendo retirados conforme se fuese pudiendo, y serían acuñados quintos de plata antes del 30 de Noviembre de 1884.

Esta ley á nadie satisfizo y menos aún al comercio al menudeo que era al que en resultado se le obligaba á cargar con la aborrecida moneda, de la cual únicamente en oficinas federales podía salir y aun así con la limitación de que sólo le sería admitida en el pago de cuotas correspondientes al erario federal y no en aquellas que hubiesen de ser cobradas por cuenta ó con destino á los municipios, demostrando esto la capciosidad del decreto de 12 de Diciembre, que obligaba al introductor de efectos extranjeros á pagar en plata el cincuenta por ciento, y el veintiocho á todo causante de derechos de portazgo, puesto que á los Ayuntamientos se les consideró en la categoría de simples particulares.

El disgusto, pues, no cesó, máxime cuando por la clausura del Congreso el público se consideró privado de la defensa que á su riesgo venían haciendo los diputados independientes, y el disgusto se transformó en irritación y la irritación en formidable motín. *Contra* la ley y á pesar de la ley, el comercio unánimemente fijó el diez por

ciento en cambios de níquel por plata, produciendo una alza considerable en el precio de toda clase de efectos. En la mañana del jueves 20 del dicho Diciembre, el cambio subió á doce por ciento, á medio día llegó al catorce, á las seis de la tarde al diez y seis y á las ocho de la noche al veinticinco. La noticia de tan rápida depreciación circuló en pocos momentos por toda la ciudad y todos sus habitantes temieron que si aquello proseguía, pronto la moneda de níquel no iba á representar ningún valor, como ya acontecía en muchas poblaciones. Al amanecer el viernes 21 y al abrirse el mercado de la Merced, las vendedoras de los puestos dieron por hecho que el níquel nada valía ya, y negáronse á cambiar por él sus efectos; algunos compradores recurrieron á imponérseles por medio del *gendarme*, mientras otros maldecían del Gobierno y de su suerte, viendo que, como en los cuentos de magia, el dinero que creían tener se les evaporaba en las manos; y sin saberse cómo ni de qué manera, pues se puso especial empeño en que no se averiguase la verdad del suceso, estalló un motín en el referido mercado, y mientras vendedores y compradores llegaban á vías de hecho, aporreándose sin consideración, la multitud dió á correr en todas direcciones, difundiendo espanto y alarma, cuyo real motivo todos ignoraban y aun puede decirse no existía: casi todo el comercio, lo mismo del centro que de los barrios, cerró con estrépito sus puertas, y los vagos, y los curiosos, y sin duda muchos quejosos también, poco á poco fueron invadiendo la Plaza de Armas y situándose, en actitud indefinible, frente á la fachada del Palacio Nacional. Cerca del medio día aquella multitud había aumentado al extremo de hacer difícil la circulación de carruajes y trenes urbanos, que cuando se obstinaban en abrirse paso eran objeto de burlas, chiflidos y pedradas. En tales momentos acertó á venir por el ex-Seminario el coche del Presidente de la República, Gral. D. Manuel González, y éste dentro del carruaje. Sin conocerle, muchas de las gentes allí agrupadas recibieronle como á los demás vehículos y trenes urbanos, con burlas, chiflidos y pedradas, y un disparo de pistola se dejó oír; algún periódico dijo que el disparo había sido hecho el cochero ó un criado del Presidente, para llamar la atención de la guardia del Palacio, y procurar un auxilio á su amo, cuyo coche no llegó á pasar del monumento hipsográfico que sustenta la estatua de la Ciudad de México.

El Gral. González, cuyo valor civil y militar nadie pudo jamás poner en duda, abrió la portezuela de su carruaje y bajó de él en los momentos en que el eco del disparo provocaba en los más tímidos carreras y atropellos, y hacía á los más exaltados prorrumpir en *muevas* y otros gritos, acompañados de pedradas, una de las cuales tocó al Presidente en un hombro.

Conocido por algunos entre aquella multitud, y circulada la noti-

cia de que él era en efecto, los singulares amotinados abrieron calle y el Gral. González, sereno, tranquilo, atravesó á pie el espacio que mediaba entre el monumento susodicho y la primera puerta del Palacio Nacional. De todo esto fuí testigo, y sencillamente digo lo que ví.

Enterada la guardia de lo acontecido, tomó, sin duda porque así se le mandó, cierta seria actitud, formándose al exterior de las tres puertas de la residencia del Ejecutivo Federal, y la muchedumbre, temerosa de un ataque, y viendo que al patio principal eran sacadas algunas piezas de artillería que allí permanecieron toda la tarde con sus correspondientes dotaciones, se lanzó á carrera tendida por distintas calles, especialmente las de Plateros, Profesa, San Francisco y las laterales á esa avenida, apedreando los faroles del alumbrado público y las bombillas de la luz eléctrica, á más de tal ó cual vidriera de casas particulares. En la Plaza de Armas hubo algunos disparos al aire, hechos para obligar á los grupos que allí habían permanecido, á despejar ese basto recinto, y sin saberse verdaderamente el cómo, no faltaron algunas desgracias, especialmente en los barrios. De la una de la tarde en adelante, numerosas patrullas de tropa estuvieron recorriendo la ciudad, que pronto quedó en una calma muy semejante á la de un cementerio ó población abandonada. En esa misma tarde fueron reducidos á prisión los Grales. Riva Palacio, Cosío Pontones, Aureliano Rivera y Tiburcio Montiel.

Innecesario parece decir que á causa de ese motín la gente se abstuvo de concurrir á diversiones públicas.

## CAPITULO XIII

1883—1884.

La empresa de la Opera dió principio á su segundo abono con el estreno de la obra sud-americana *El Guarany*, de Carlos Gómez, que cantaron bien la Peri y Francisco Giannini, y que agradó generalmente, mereciendo aplausos y aun la repetición de un brindis, una canción de ritmo español, el dúo *de amor*, el *Ave María* y la marcha indiana. Trajes y decoraciones fueron enteramente nuevos; las últimas gustaron mucho. En el medio abono tres veces se repitió esa obra y dos el *Fausto*, que también fué cantado de un modo medio aceptable. Con esta ópera, puesta en escena el 30 de Diciembre, dió